

de seguro con que vuestro bolsillo será víctima de la astucia y sutileza de estos atentos socios improvisados. El mio se felicita todavía de la prevision de haber tenido que hacer á la una, de haber renunciado á ver las campiñas de Neuilly, y de haberle dado las señas de un hotel..... que no existe en París. Entre bobos anda el juego, y al descuidado no le favorece la ley.

Tirabeque en la Cámara de los Diputados.

Hé aquí una de las cosas que asegura mi buen lego Pelegrin que no habia soñado nunca, verse él en la Cámara de los diputados de Francia. Así suceden al hombre cosas que no habia pensado ni por sueños. Y estoy seguro que cuando en 1804 se encargó al arquitecto Poyet la construccion de un peristilo cuya magnificencia anunciara por la parte del Sena la entrada al palacio de las sesiones del cuerpo legislativo, tampoco pensó ni pudo soñar que al cabo de 37 años habian de entrar por allí Fr. Gerundio y su lego Tirabeque.

Al pié de una soberbia escalera de piedra de 100 piés de largo, se ven dos estatuas de Témis y de Minerva. Poco mas arriba sentadas en sillas curules sobre pedestales, otras cuatro estatuas gigantescas que reproducen las imágenes de Sully, de Colbert, y de los Cancilleres de l'Hopital y d'Aguesseau. Sobre la plataforma en que termina la escalinata se eleva un peristilo de 100 piés de longitud, adornado de doce columnas corintias, en cuyo fronton triangular se representa la Ley apoyada sobre las tablas de la Carta, sostenidas por la Fuerza y la Justicia. Á su izquierda la Paz restableciendo el Comercio; á su derecha la Abundancia marchando bajo los auspicios de la Ley, y seguida de las Ciencias y las Artes.

— ¿Qué te parece de este pórtico, Pelegrin? le preguntaba yo á mi lego. — Señor, me respondió, aunque no tengo el honor de conocer esta familia, paréceme gente mas decente y de mas forma que la que hay á la entrada de las Cortes de allá. — Y no solo de mas forma, Pelegrin, sino tambien de mas materia, pues todas estas estatuas son de piedra sólida, miéntras las del pórtico de nuestro Congreso me contentara yo con que fuesen de mediano estuco. — Señor, ¿cuándo tendremos nosotros un buen edificio para las Cortes?

Aquí me permitirá el gerundiano lector una ligera digresion-

cilla hacia el estado en que cuando esto escribo se encuentra el santuario que era de nuestras leyes.

Derribándose está en estos momentos el edificio del Congreso para construir sobre el mismo solar otro de nueva planta con arreglo á la ley decretada en Cortes. Yo he visto las Virtudes que decoraban su portada desnudas de la blanca corteza que las embellecia. Yo he visto la Justicia denegrida y sin espada ni balanza. Yo he visto la Prudencia sin cabeza, la Fortaleza sin manos, el Patriotismo despojado de la cascarilla exterior, y la España mutilada y rotas sus vestiduros: no eran unas Virtudes sólidas: eran una materia floja y quebradiza, y solo tenian de bello la figura y el barniz. Yo veo el descarnado armazon de un edificio que retrata el estado de una nacion que debió robustecerse allí y se quedó en su mayor parte en esqueleto. Yo veo los armadijos ocultos que sostenian sus paredes y sus bóvedas, simbolo de los manejos secretos que entraban en la confeccion de algunas leyes. Yo veo la escala que se ha puesto para subir á deshacer la cúpula del Santuario, emblema de la escala que cien veces se puso para trepar á la cúpula del poder. Yo veo los escombros hacinados por calles y plazuelas al modo que yacen hacinados por estantes y cajones tantos códigos y proyectos de ley. Yo los veo afeando la poblacion y entorpeciendo el paso al público, á la manera que afean el cuadro de nuestra situacion y entorpecen la marcha de los negocios públicos los embarazos que le dicta poner á cada uno su interes y su pasion. Yo he visto los operarios empleados en el derribo del que fué templo de la ley proclamar tumultuosamente una exigencia, justa si se quiere, y querer ellos dictar la ley. ¡Ah! ya que por ahora los legisladores hayan creído necesario derribar, derribese cuanto ántes, y ocúpense luego y pronto y sin descanso en levantar el edificio de la legislacion, que no es espectáculo para visto mucho tiempo el cuadro descarnado del derribo en lo material y lo moral!

Ahora entremos con Tirabeque en la Cámara de los diputados de Francia.

Un anciano respetable y de buen porte fué el que nos recibió y se mostró dispuesto á acompañarnos. — Señor, me decia Pelegrin, este tiene trazas de Presidente de la Cámara, será menester hablarle con respeto. — No lo creas, hombre, será el conserje. — ¿Podríamos tener el gusto de ver el salon de las sesiones? — Dig-naos tomaros la molestia de seguirme.

En el primer departamento se veia el retrato del Rey, rodeado

del general Foy, de Casimiro Perier, de Mirabeau y de Bailly. — Hé aquí (nos dijo el venerable conserje al entrar en otro salon) aquí es donde se recibe al Rey : estas estatuas representan el Océano, el Mediterráneo, el Garona, el Ródano y el Saona. — Pues no le faltará humedad al amigo cuando entre, dijo Pelegrin. En España es mas seco el recibimiento. — Aquí tenéis la sala de conferencias. — Magnífica y bella es por vida mia, dije yo. — Diga Vd., buen amigo, preguntó Tirabeque : ¿y aquí es menester tambien tocar la campana para llamar á votar á los diputados cuando se quedan los bancos desiertos por estarse en conversacion y fumando cigarros en la sala? — ¡Ah! perdonad, contestó nuestro guia ; yo no puedo satisfaceros á esa pregunta.

Vese en aquel salon el retrato de Henrique IV con una inscripcion que dice :

« Le violent amour que j'apporte à mes sujets m'a fait trouver tout aisé et honorable. »

« El amor que hácia mis súbditos me arrastra con violencia, me ha hecho hallarlo todo honroso y fácil. »

En el testero de la sala hay dos estatuas doradas con una banda en que se lee : « *El 22 de Enero,* » y debajo : « *Napoleon en el Cuerpo Legislativo.* » En la parte superior se conservan una porcion de banderas; la mas desplegada era una española en que se leia : « *Fernando VII : Voluntarios de...* » Lo demas se ocultaba en los pliegues. Pregunté, y el conductor no supo darme razon. Le hice una indicacion de que me permitiese desenvolverla; él indicó tambien no estar muy dispuesto á ello; callé, la eché una mirada de sentimiento patrio, me puse á examinar los cuadros de la « Muerte de Sócrates, y la minoridad de Luis XIV, » y á la voz de : « entremos en el salon de las sesiones, si gustáis, » hubimos de seguir en silencio á nuestro conductor, no sin lanzar otra mirada á la bandera española.

La sala de sesiones es de forma semicircular, ó mas propiamente, de la figura de una concha pequeña y muy recogidita, á propósito para poder hacerse oír el orador de mas débiles pulmones : los bancos están en graderia, ó sea en forma de anfiteatro : al respaldo de cada asiento está escrito el nombre del diputado que le ocupa : los cuatro bancos mas bajos y mas cortos son los de los ministros : en la parte estrecha del hemicírculo está colocada en alto la silla de la presidencia; debajo de esta la tribuna del orador; en rededor de la parte ancha del semicírculo las tribunas

públicas y reservadas; el salon recibe la luz por el techo. Un magnífico y admirable cuadro, obra de *Mr. Cour*, llena la pared del testero. Representa la apertura de la sesion régia abierta por Luis Felipe en 1830, y el juramento de la Carta. Encima se lee : « *Charte de 1830.* » Todos los personajes de este bellissimo y sublime cuadro son retratos sacados del natural. — Ved allí al Rey, nos decia nuestro conductor, rodeado de la familia real : allí tenéis á Benjamin Constant : aquel es *Mr. Guizot* : ved á Dupont de l'Heure : allí está Molé : aquel del pantalon blanco es *Mr. de Montalivet*... — ¡Oh! Guizot y Molé! exclamó Tirabeque, ¡buen par de pájaros! — ¡Oh diablo! repuso el guia : perdonad, señor extranjero : vos no debéis haber comprendido : estos no son pájaros, que son hombres : sin duda no miráis donde yo señalo. — Si Señor, sí, allí miro, sino que en España á los hombres que son como Guizot y Molé los llamamos *pájaros*. — ¿Y por qué así? — Nada, porque vuelan mucho con la imaginacion (*aparte* : á estos pájaros me habian de dejar á mí cortarles el vuelo). — ¡Oh diablo! yo no lo sabía : ¡con que los llaman *pájaros*? — Si señor, pájaros ó por mejor decir, pajarracos. — ¿Cómo, señor, *pacaracos*? — Sí, monsieur, pajarracos. — ¡Oh, qué diablo de rareza! y reia el anciano como un niño.

Á la izquierda del gran cuadro se lee en grandes letras de oro : « LIBERTAD. » y á la derecha : « ÓRDEN PÚBLICO. » Debajo de la tribuna del orador hay un medallon con un busto de dos caras. — Oiga Vd., monsieur; preguntó Tirabeque; ¿este hombre de dos caras que está aquí es tambien el retrato de Luis Felipe? — ¡Oh! perdonad; ¿no veis que no se parece en nada al de arriba? es el busto del Dios Jano; leed á la izquierda : « PASADO : » ahora leed á la derecha : « PORVENIR. » — ¿Y qué quiere decir eso? — ¡Oh! esto significa que los legisladores para resolver con acierto deben mirar á lo pasado y al porvenir. — Pues allá, dijo Tirabeque, por lo general no se trata mas que de ver como se sale del dia.

Dímonos en seguida á recorrer algunos bancos, y Tirabeque, tomándose una confianza como si la Cámara de los legisladores franceses fuese su propia celda, se iba sentando en los sillones que mas en antojo le venian : y oh! misterioso instinto de las asentaderas de mi lego! Precisamente los diputados que despues en las sesiones de 10 de Marzo último y de 6 del presente mes de Abril se han explicado mas en favor de España, *Mauguin, Berville, Durant de Romorantieu, Glais Bizoin, Billaud, Odilon Bar-*

rot, son cabalmente los que ocupan los asientos en que descansó momentáneamente mi Pelegrin. — ¿Lo ve Vd., señor? me ha dicho lleno de júbilo cada vez que hemos leído ó recordado alguna de estas sesiones : una de dos, mi amo; ó yo tengo mucho instinto para conocer los diputados franceses que son buenos, ó yo dejé aquellos asientos impregnados de españolismo. ¡Vivan los diputados que se sientan donde estuve sentado yo! — Sí, pero recuerda que tambien te sentaste en los destinados á Soult y Guizot. — Es que en aquellos, mi amo, me senté con mal fin, y Vd. me disimulará que no le explique, porque alto le penetrará Vd.

Yo le reprendí entónces la libertad que se tomaba, no tanto por privarle de aquel gusto, cuanto por acreditar á nuestro buen anciano que reconocia estar abusando de su condescendencia. Ya íbamos á salir cuando le ocurrió á Tirabeque dirigirle de nuevo la palabra. — Diga Vd., Sr. presidente, ó secretario, ó lo que Vd. sea : ¿y aquí en este salon se gasta tanto tiempo en fruslerías como allá en España? — ¡Ah! perdonadme; ya os he dicho que no me es posible contestar á esas preguntas. — Pues vaya otra, aunque Vd. perdone; como soy extranjero, quisiera informarme de todo. ¿Y aquí se suelen pasar legislaturas enteras sin tratarse de los presupuestos del año como allá? — ¡Oh! vos me hacéis unas preguntas...! — ¿Y por esta tierra se interpela todos los días por cualquier cosilla? — Pelegrin, le dije, no molestes á este caballero con preguntas de que prudentemente quiere huir. Yo os suplico tengáis la bondad de dispensar las impertinencias á que conduce á este mi compatriota un exceso de curiosidad. Yo os doy las gracias por la amabilidad que habéis usado con nosotros y tengo el honor de saludaros. — Gracias, señor, yo os doy mil veces las gracias.

Y nos despedimos. — Señor, me preguntó luego Tirabeque, ¿por qué daba tan rendidamente las gracias ese hombre, cuando éramos nosotros los que se las debíamos dar á él? — Sin duda por los dos francos que le dejé en la mano. — Mire Vd..... ¿Con que tomó tambien los franquitos? Y le tenia yo por el presidente de la Cámara? — Yo tanto como eso no, pero algo me temia ofender en ello la delicadeza de tan decente y respetable persona : mas he visto con satisfaccion que he tenido la fortuna de no resentir en lo mas mínimo su amor propio. — Vaya, vaya, mi amo : está visto que los amores propios de aquí son muy duros, y no se resienten á dos por tres, aunque les den de firme.

La tumba de Napoleon.

Nueve meses hacia poco mas ó ménos que se habian depositado las cenizas de Napoleon en la iglesia del cuartel de los Inválidos, y otro tanto iba que yo habia ejercitado mi gerundiana péñola en la descripcion de un suceso acaecido en el acto de las exequias fúnebres (1). Natural era pues mi deseo de visitar personalmente el sepulcro del grande hombre.

Yale estoy viendo..... Dejarme; yo quiero que mis ojos se harten de mirar este féretroinsigne : contemplen Vds. entre tanto, si gustan (les decia yo á los que me acompañaban) las grandezas de este templo, obra maestra de la arquitectura francesa : yo no quiero ver mas que este sarcófago, este depósito precioso de los restos del mas grande mortal de los modernos siglos. ¡Cuántas águilas! ¡Cuántas banderas! ¡Cuántos trofeos de gloria anuncian á la entrada de la capilla el inanimado tesoro que encierra! Ya veo la urna cineraria. La espada de las mil victorias, el sombrero que cubria aquella cabeza privilegiada reposan sobre la tumba del héroe. El negro pabellon recamado de estrellas de oro que cubre sus paredes, la luz de las lámparas que alumbran aquella mansion lúgubre, todo convida á la contemplacion y al recogimiento religioso. Mi imaginacion quiso abarcar las glorias del ilustre difunto, y se paró asombrada, y no acertó á salir del estrecho recinto que servia de pábulo insaciable á los ojos. Solo un pensamiento de orgullo patrio se atrevió á asaltarme en aquellos momentos : « ¡y á este hombre! decia yo, ¡y á este hombre le humilló la España! ¡Oh! parece imposible, y sin embargo es cierto que le humilló! » Y no era extraño que á mí me pareciese imposible cuando á él mismo le habia parecido tambien.

La tumba de Napoleon gozará siempre de un privilegio que no han podido alcanzar las de todos los demas grandes hombres, el de no necesitar de inscripcion alguna que indique quién es el mortal que en ella descansa. En aquel mismo templo, en una de las capillas laterales, se halla entre otros el sepulcro de mármol del mariscal de Turena. Solo su nombre se ve grabado sobre su tumba : él solo puede expresar por sí mismo toda su gloria. Pero al fin ha habido necesidad de inscribir un nombre. ¿Será necesario

(1) Capillada 313 del 29 de Diciembre de 1840, tom. 21, pag. 119.

jamas escribir el nombre de Napoleon sobre su sepulcro? Por muchos siglos que corran, ¿quién se llegará al templo de los Inválidos que necesite leer: « Esta es la tumba de Napoleon. » Ni aun pudiera aplicársele el famoso epitafio del grande Alejandro:

« Sufficit hic tumulus cui non suffecerat orbis. »

« Basta ahora este túmulo á quien no habia bastado el orbe entero. »

Pues ni aquel túmulo basta á Napoleon: es pequeño todavía para hombre tan grande. Aquel que hasta ahora está en una de las capillas colaterales de la iglesia, es provisional: el sitio destinado para otro monumento mas grandioso, mas digno todavía del héroe, es el punto céntrico del templo. Yo vi en la exposicion de la Academia de Nobles Artes los innumerables modelos ó proyectos presentados por los artistas mas distinguidos: el de Mr. Vizconti parece que es el que ha merecido la preferencia; la gloria de Mr. Vizconti se eternizará con la de Napoleon. Hé aquí otro privilegio de los grandes hombres, arrastrar tras su gloria la Gloria de los artistas.

Cuando Tirabeque se acercó á la capilla de la tumba, se arrojó, se persignó, y se puso á rezar muy fervoroso. — « ¿ Á quién rezas, hombre? le pregunté. — Señor, me respondió, rezo *al Santo Sepulcro*. — No me admira, le dije riéndome, porque verdaderamente esto inspira una devocion religiosa tanto como una admiracion profana. Y bien, ¿ qué es lo que pides en tus oraciones? Supongo que pedirás á Dios la gloria para Napoleon. — No señor, Napoleon bastante gloria tiene ya. Pido á su divina Majestad que nos haga la merced de enviar á España siquiera un medio Napoleon... pero ha de ser español, mi amo: si no, no le quiero: para ver si llegamos algun día á ser algo, porque de otro modo.... — Eso ya es otra cosa: en este sentido reza cuanto quieras; lo peor será que pidas sin fruto. — Tal me temo yo, señor, porque ya otras veces le he pedido á Dios lo mismo, y hasta ahora no le he merecido contestacion, pero en fin, en rezar poco es lo que se pierde. « Padre nuestro.... »

Los Inválidos.

Concluida la oracion de Tirabeque, nos dirigimos á la parte del edificio destinada para asilo de los guerreros inutilizados en campaña. Nada diré de la grandeza material del *Hôtel royal des Inva-*

lides, de aquel vasto recinto, refugio del valor, de la gloria y de la desgracia; ni de la estatua ecuestre de Luis XIV que descansa sobre el grande arco adornado de trofeos militares de la entrada principal, ni de las estatuas de las naciones vencidas, ni de las columnas jónicas, ni de las arcadas, ni del famoso cuadrante sostenido por el Tiempo y el Estudio, ni de los planos en relieve de las principales plazas y ciudades de Francia, ni de otras cien obras de escultura que le adornan. Hablaré solo de aquellos cuatro ó cinco mil veteranos, cuyos mutilados miembros y antiguas cicatrices, junto con las cruces de honor que ostentan en sus pechos, inspiran veneracion y respeto hácia los valientes que se sacrificaron por su patria, y que por merecido premio de su valor y sus virtudes disfrutan ahora de los consuelos que un gobierno sabio y compensador ha sabido proporcionarles dentro de aquel grandioso edificio.

Entre ellos hay todavía muchos soldados del Imperio. Con noticia de que éramos españoles, se llamó á uno que habia perdido un brazo en la batalla de Talavera. Este antiguo guerrero manifestó mucho placer en ver á dos naturales de un país que habia sido el teatro principal de sus campañas, de sus glorias y de sus infortunios. Se complacia en hablarnos en mal chapurrado español, y nos acompañó en la visita de los dormitorios y de los comedores. Era la hora de comer, y esto nos proporcionó el gusto de poder atestiguar el buen trato que reciben en aquel establecimiento. Comian de cuatro en cuatro en cada mesa. El aseo en el servicio competia con el aseo en el vestir. — ¿ Y cómo están Vds. ahora en España en punto á este ramo? nos preguntó el veterano. — Á pedir de boca, le contestó Tirabeque. — Mucho me alegro, replicó el frances. — Es que no crea Vd., añadió Pelegrin, que este *pedir de boca* significa hoy dia lo mismo que cuando Vd. estuvo en España. Ahora significa que los inutilizados en la guerra andan de puerta en puerta *pidiendo* que llevar á la boca. — ¿ Será posible? ¿ Pues no hay todavía en España ningun cuartel de asilo para los inválidos?

Entonces tomé yo la palabra y le dije: — Sí, ya le hay: en Madrid, en el que fué convento de Atocha, ha fundado uno el ilustre duque de Zaragoza, general Palafox. — ¡ Oh! ¿ vive todavía el general Palafox? — Vive, sí; á su celo se debe la creacion y el sosten de aquel establecimiento. — ¡ Oh! el general Palafox! Zaragoza, Zaragoza! Tambien estuve yo allí. ¡ Oh! Mr. Palafox era un general digno del Emperador. ¿ Y hay tantos inválidos en

aquel hotel como aquí? — Sobre corta diferencia, dijo Tirabeque; sobre unos cuatro mil ó cuatro mil quinientos. — Muy bien; hay casi tantos como aquí. — Es que son cuatro mil quinientos de diferencia. — ¡Diablo! Eso es muy distinto. — Y estarán bien sostenidos por el Estado. — Sí, bastante bien. Pero allí la caridad lo hace todo: se suelen abrir suscripciones, y se hacen tambien algunas funcioncillas en los teatros y en los liceos á beneficio de los inválidos, y con un poco de aquí y otro de allí van saliendo del dia los pobrecitos. — ¡Oh! eso es una iniquidad, es una abominacion de la parte de vuestro gobierno. — ¡Ah! dije yo para mí: ¡no sabes tú bien, pobre inválido, el mal rato que dan á un español amante de su país estos recuerdos y estas comparaciones!

Un antiguo oficial nos condujo despues á las cocinas, y en seguida nos enseñó... lo que á Tirabeque le causó una explicable sorpresa que degeneró en mal humor; y á mí no me le produjo tampoco muy bueno, por esto de las comparaciones y los recuerdos que no se pueden evitar. Nos enseñó el servicio de mesa para los jefes y oficiales del establecimiento: toda la bajilla era de plata: cubiertos, cucharones, platos, fuentes, soperas, salseras, palilleros y todos los demas utensilios de plata: ¡y esto para doscientos, ó trescientos ó mas oficiales! creo que esto bastará por sí solo para excusarme de dar otros pormenores del estado de brillantez del cuartel de Inválidos de Paris.

Otra cosa sin embargo no puedo dispensarme de mencionar, por mas que en ello padeciese entónces y padezca ahora el amor patrio, la cual no me fué ménos sorprendente. Es la biblioteca del establecimiento, compuesta de veinte mil volúmenes, que está abierta todos los dias de trabajo desde las nueve hasta las tres, para instruccion, entretenimiento y recreo de los..... iba á decir, de los desgraciados inválidos, pero diré mejor, de los afortunados, pues como observaba mi buen lego, vale mas ser soldado sin piernas en Francia que soldado con todos los miembros sanos y corrientes en España. — Señor, vámonos de aquí cuanto ántes, añadia, porque se me están representando los defensores de nuestra patria pidiendo limosna por las esquinas, y si nos detenemos un poco he de tener que decírselo á estos hombres por desahogarme, y bien sabe Dios que sentiré que lo sepan.

Yo conocí la razon con que me apremiaba, porque precisamente experimentaba las mismas sensaciones, y dando gracias á aquellos beneméritos guerreros por su agasajo, salimos del *Cuartel de Inválidos*.

Las Tullerías por dentro.

Con permiso de Luis Felipe voy á entrarme un rato por su casa y á registrar lo que tiene en ella. He dicho mal, porque no obtuve el permiso de Luis Felipe, puesto que él no se hallaba á la sazón en Paris; pero obtuve el del intendente de palacio, y *cela m'était égal*.....

Entro, pues, por el arco de triunfo de la plaza del *Carrousel*. Llámase *Plaza del Carrousel* á un vasto paralelogramo ó sea un dilatado espacio cuadrado dividido por una gran verja de hierro, que da entrada á un patio dentro del cual pueden maniobrar quince mil soldados. Este patio antecede por la parte de Oriente al palacio de las Tullerías. En la plaza del *Carrousel* fué donde estalló el 24 de Diciembre del año 1800 aquella espantosa *máquina infernal* que se descargó contra Napoleon al tiempo que se dirigia á la ópera, siendo primer cónsul de Francia, y que conmovió cincuenta casas que despues fueron demolidas. Por la parte del *Carrousel* fué tambien por donde se atacó principalmente al palacio de Tullerías en la famosa y sangrienta jornada del 10 de Agosto de 1792. Los agujeros que abrieron en las paredes las balas de los asaltadores, fueron cubiertos con piedras, sobre cada una de las cuales se escribió « 10 de Agosto. » Bonaparte hizo borrar despues estas inscripciones, pero aun se distinguen las piedras en que estuvieron.

Sobre el *Arco de Triunfo* hay una estatua de la Restauracion, en bronce, tirada por cuatro caballos de la misma materia. El grupo es imperfecto, y los caballos parece que pertenecen á dos distintos partidos políticos, pues dos tiran por un lado y dos por otro. Ántes habia en el arco unos bajos relieves que representaban *los gloriosos hechos del duque de Angulema en España*. Han sido destruidos, y esta destruccion es la mejor obra que se ha hecho en aquel arco.

Desde aquel gran patio se abraza de un golpe de vista los cinco extensos é irregulares cuerpos de que se compone el palacio de las Tullerías. No hay nada que represente mejor la marcha de nuestra última revolucion española que las fachadas de aquel palacio. Nuestros gabinetes y aquellos arquitectos, unos y otros han edificado sin unidad de plan: no hay un cuerpo del edificio que se parezca al otro; los órdenes de arquitectura están confundi-